

El pasado sábado **21 de mayo**, y enmarcada en el IV Ciclo de actividades en la Judería de Segovia que organiza la Empresa municipal de Turismo de Segovia en colaboración con Casa Sefarad Israel, tuvo lugar la conferencia **"Gustav Mahler, perfil y revolución en la Viena de fin de siglo"**, a cargo de Arnoldo Liberman.

Arnoldo Liberman, poeta, escritor, ensayista, crítico musical y psicoanalista de origen argentino, no es un desconocido para los asistentes asiduos al Ciclo de Actividades. Hace tiempo nos ofreció una conferencia sobre "El humor judío", que los asistentes recordaban con gran cariño. De hecho, al finalizar la de este año, prometió que volvería pronto con algún tema interesante para colaborar con el Ciclo de actividades.

Esta conferencia fue, además de un homenaje al compositor con motivo del centenario de su fallecimiento, un intento de dar relieve a la figura, obra y vida de este músico. Hoy triunfador, ayer atormentado por su condición de judío que debió atravesar varios desiertos y sufrir múltiples vicisitudes para lograr convencer a los hombres de la belleza inmarcesible de su música. No se pretende con ello quedarse en la superficie de un artista edulcorado o victimista, sino sumergirse en el espíritu de un artista que ha representado la más honda inserción en los interrogantes de la existencia humana y un buceador de profundidades inéditas en el panorama de la vida.



En la conferencia dedicada a Gustav Mahler gozamos

de una gran afluencia de público

Cuando Wagner comienza la paulatina disgregación de la tonalidad y Mahler dibuja su último y desesperado adiós al esplendor clásico, comienza la disgregación del siglo XX. Con Mahler la disgregación - termino caro a Enrica Lisciani-Petrini - se consuma definitivamente: "No le queda entre las manos más que un conjunto desgastado de frases hechas, de expresiones convencionales, de impotentes clisés (*dixit* Adorno) que, como diseminados jirones de una memoria desconsolada se prestan, como mucho, a un montaje onírico atrozmente luctuoso". Mahler conjuga esos vestigios vacíos, los simulacros de un lenguaje en ruinas para el que no cabe ya ninguna resurrección y con los que construye una de las despedidas más conmovedoras y grandiosas que un músico puede gestar de ese mundo que muere. En ese aspecto no es casual que Mahler sea un lector de Nietzsche: para él tiene poco valor una teoría aplicada en arte si no conlleva una transformación del mundo y de la existencia.



Claudia de Santos y Arnoldo Liberman

Mahler fue el mayor de doce hijos, nueve de los cuales murieron antes de alcanzar la adolescencia. Cinco de estas pérdidas le golpearon fieramente en el costado transformando su infancia en una fábrica de muerte. Un hermano más se suicidaría. Su madre misma moriría, cuando Mahler era un adolescente, de la misma enfermedad cardíaca que luego acabaría con la vida de nuestro músico. Mahler había comenzado, como diría Jorge Luis Borges, su prolongado comercio con la muerte cuando aún no tenía plena conciencia de lo que era la vida.

En el turno de ruegos y preguntas, Liberman nos habló también de la complicada y tortuosa relación de Gustav con Alma Mahler, mujer decidida, inteligente e independiente cuya fascinante vida merecería, seguramente, varias conferencias para comprenderse.